



Fondazione Pio XI
Fondaci3n Piac3n Cat3lica Scuola di Santit3
Foundation Catholic Piacen School of Sanctity
PIO XI

IN PREPARATION FOR THE 1ST OF NOVEMBER ALL SAINTS' DAY

REFLECTION | TESTIMONIES | PRAYER

Do not be afraid of holiness ... Do not be afraid to set your sights higher

Gaudete et Exsultate 32,34

Friday, 30 October 2020 - online for 1h



FORO INTERNACIONAL ACCI3N CAT3LICA
ENCUENTRO SOBRE LA VOCACI3N UNIVERSAL A LA SANTIDAD,
DEL VATICANO II AL PAPA FRANCISCO

Webinar en preparaci3n para la fiesta de Todos los Santos del 1 de noviembre 2020
Viernes 30 de octubre 2020

“No tengas miedo de la santidad, no tengas miedo de apuntar m3s alto”
(Gaudete et Exsultate, 32, 34)

Cardenal Baltazar Enrique PORRAS CARDOZO

*Administrador Apost3lico de Caracas, Arzobispo de M3rida
Presidente de la Fundaci3n P3o XI*

Con mi saludo fraterno a todos los participantes en esta jornada preparatoria a la fiesta de Todos los Santos, salta a la vista preguntarnos, qu3 es la santidad, con la tentaci3n al igual que Pilatos, de dar la espalda a una cuesti3n que resulta en cierto modo extraña y ajena a la vida cotidiana de la mayor3a del pueblo de Dios. Existe la presunci3n generalizada de que se trata de una cuesti3n reservada a unos pocos, con la convicci3n de estar ante algo que no tiene que ver con el mundo en el que nos movemos. Vale la pena preguntarnos si no conviene poner en el centro a la periferia, porque el “sujeto de la evangelizaci3n es m3s que una instituci3n org3nica y jer3rquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios” (EG 111).

Podr3amos achacar esa postura reduccionista, negativa, de la santidad, a una visi3n demasiado cerrada, exclusivista que pudo haberse dado en algunos tiempos, desvirtuando el sentido genuino de la tradici3n eclesial, del que existen numerosos testimonios, por una postura apolog3tica y excluyente, del mundo en general, y de las religiones en general. El Concilio Vaticano II, heredero de la m3s genuina tradici3n, centra la cuesti3n al afirmar que la Iglesia es “sacramento de salvaci3n”, “porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la uni3n íntima con Dios y de la unidad de todo el g3nero humano” (LG1). M3s a ún, “la Iglesia Cat3lica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por m3s que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres (Nostra Aetate)”.

En perspectiva bautismal, la radical igualdad de todos los llamados a formar parte de la Iglesia, el Concilio afirma: “todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a trav3s de todo eso, se santificar3n m3s cada d3a si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicaci3n a las tareas temporales, la caridad con que Dios am3 al mundo” (LG 41).

El camino recorrido en el postconcilio es muy rico en reflexiones y sobre todo en testimonios de la concreción de este llamado en el mundo entero, a hombres y mujeres de todas las razas, de todos los pueblos y de innumerables creencias. Permítanme hacer alusión a la tradición latinoamericana, consciente de que debemos enriquecer la mirada con las experiencias de muchos de nuestros pueblos. En el documento de Medellín se afirma que “en la Iglesia, todos son llamados a la santidad, tanto los que pertenecen a la jerarquía, como los laicos y religiosos; santidad que se realiza mediante la imitación del Señor, por amor”. Cada uno ha de procurar alcanzar la santidad viviendo la caridad según las características propias de su estado de vida” (12, 1). Aparecida, en un párrafo luminoso, acota que “la santidad no es una fuga hacia el intimismo hacia el individualismo religioso, tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual” (Aparecida, 148).

Este llamado se nos trasmite, de manera sencilla pero profunda en el ejercicio callado y no suficientemente valorado de nuestros humildes catequistas. En ellos, la cercanía del mensaje evangélico se hace adoración. “Porque adorar es postrarse, es reconocer dese la humildad la grandeza infinita de Dios. Quizá una de las mayores perversiones de nuestro tiempo es que se nos propone adorar lo humano dejando de lado lo divino. “Solo al Señor adorarás” es el gran desafío ante tantas propuestas de nada y vacío. Adorar es mirar con confianza a Aquel que aparece como confiable porque es dador de vida, instrumento de paz, generador de encuentro y solidaridad” (Jorge Mario Bergoglio, “en tus ojos está mi palabra”, pp. 259 y 260).

Saltándonos lo mucho y bueno que nos transmitieron tanto los santos Pablo VI y Juan Pablo II, y Benedicto XVI, el tiempo nos trae hasta el Papa Francisco. Ser bautizado “implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino” (EG 114).

De manera mucho más explícita, Francisco nos regala en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, un llamado más apremiante, fresco e interpelante al llamado universal a la santidad. Será explicitado en los ponentes de este encuentro. Nos pide que lo situemos en el contexto del mundo actual. Abre el horizonte a “los santos de la puerta de al lado. No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo” (n. 6). Es un suave reclamo a que asumamos, todos, no aisladamente sino como miembros de una comunidad concreta la tarea de ser luz y sal, santos proclamadores de la esperanza cierta de trascendencia y solidaridad. Los pequeños gestos son los que multiplican la actividad que santifica.

Para ello hay que estar atento a las tentaciones, las desviaciones que requieren un permanente discernimiento a la luz del Maestro. Pienso que para todos nosotros, hay que prestar atención a algunas notas, sencillas pero retadoras, muy humanas y por ello muy cercanas al rostro de Jesús: aguante, paciencia y mansedumbre; alegría y sentido del humor; audacia y fervor; en comunidad; en oración constante. Es la santidad al alcance de todos, sin distinción, poniendo cada uno el

acento con transparencia y constancia en ser sembradores del bien con espíritu de reconciliación y actitud samaritana. Ello se logra en combate permanente, vigilancia y discernimiento.

El colofón a este llamado a la santidad nos lo pone Francisco en su reciente Encíclica Fratelli tutti. Asumir la caridad desde las categorías de fraternidad y amistad, descoloca a algunos, pero atrae a los más, porque de puertas abiertas tienen cabida en un mundo globalizado y plural, todas las culturas y todas las expresiones religiosas, en medio de las sombras de un mundo cerrado. Hay que tener la osadía de pensar y gestar un mundo abierto a la luz de la conmovedora parábola del buen samaritano. En medio de la pandemia que paraliza al mundo y exige recrear, recomponer los criterios con los que nos creíamos superhombres, hay que repensar la política, promover una nueva cultura del diálogo y la amistad social, generando caminos de reencuentro desde la verdad y el perdón. Es la tarea a la que deben contribuir las religiones del mundo.

Queridos hermanos, celebrar la fiesta de Todos los Santos es un llamado incesante a inscribirnos en la tarea de hacer resonar la música del Evangelio para que la alegría, la ternura y la reconciliación se hagan presentes. Es nuestro quehacer con la ayuda de la gracia. No tengamos miedo a remar más alto. Que así sea.